



LEÓN LE ESCRIBE AL FUTURO

León writes to the future

AUTORA

Lila María Feldman (UBA)
Psicoanalista

Cómo citar este artículo:

Feldman, L. (2023). León le escribe al futuro. *Diferencia(s). Revista de teoría social contemporánea*, 17, 33-43

Artículo

Recibido: 15/09/2023
Aprobado: 17/12/2023

RESUMEN

Este artículo se propone desarrollar los modos fecundos en los que León Rozitchner afectó la lectura de la teoría psicoanalítica y su práctica, en tantos y tantas psicoanalistas en general, y en particular las mías. También se propone expandir esa herencia, porque León es como Gardel: la muerte no lo mata, cada día canta mejor. Ni la muerte ni el paso del tiempo han logrado impugnar su presencia, esa vitalidad que conversa con el presente y el porvenir. León –filósofo– ha trabajado metodológicamente como un afilado psicoanalista: empezando por detectar las omisiones, desmentidas, sepultamientos y represiones en los resortes del trabajo de pensamiento que animó a la teoría psicoanalítica.

PALABRAS CLAVE: PODER; PSICOANÁLISIS; MASA; SUBJETIVIDAD; TERROR.

ABSTRACT

This article intends to develop the fruitful ways in which León Rozitchner affected the reading of psychoanalytic theory and its practice, in so many psychoanalysts in general, and mine in particular. He also intends to expand that heritage, because León is like Gardel: death does not kill him, every day he sings better. Neither death nor the passage of time have succeeded in impugning his presence, that vitality that he converses with the present and the future. León –philosopher– has worked methodologically as a sharp psychoanalyst: beginning by detecting the omissions, denials, burials and repressions in the springs of the work of thought that he encouraged psychoanalytic theory.

KEYWORDS: POWER; PSYCHOANALYSIS; MASS; SUBJECTIVITY; TERROR.

Inspirada en Rodrigo Fresan, voy a “separar” a León en tres partes. 1) El León recordado. Empiezo por hablar de León antes de saber quién era, antes de leerlo. El León que escuchaba en sobremesas y reuniones, corrosivo como la ironía, voz risueña y gesto huraño muchas veces, voz que se iba elevando y acelerando a medida que el pensamiento lo tomaba. Era una voz que corría a toda velocidad. Lo recuerdo en asados y vacaciones, compartiendo el auto pequeño y sin aire acondicionado por las rutas de Uruguay. León en la playa, siempre con su pipa. Un León que participaba de la familia, de nuestro léxico familiar, pero con el que nunca conversé en forma personal. 2) El León leído. El León que he leído y que sigo leyendo conversa conmigo (empezamos a conversar a mis cuarenta años recién) en mi propio trabajo de escritura. Es un interlocutor al que suelo acudir cada vez que alzo la pluma. Me visitó cuando escribí acerca del soñar en la vida psíquica y colectiva, cuando escribí interpelada y conmocionada por la experiencia feminista, cuando me animé a discutir los cimientos, algunos de ellos, de la teoría con la que trabajo cada día, y cada vez que avanzo por ese camino trazado desde un particular punto de vista: el del poder, elemento príncipes para un psicoanálisis concernido por la política y entendido como política. Abracé ese punto de vista. Me orienta como un faro, me guía. 3) El León imaginado. Nos hace falta León, en estos días en los que estoy precisamente escribiendo este texto. Estamos en el mes de Agosto de 2023 y falta muy poco para las elecciones de Octubre. El terror es el tema que acecha. El problema del poder se actualiza en claves de un presente que aún no alcanzamos a leer. Los textos de León que de nuevo recorro ahora tienen sus hojas amarillentas en muchos casos, pero no envejecen. No envejecen. Con la parte recordada, la parte imaginada y la parte leída, escribo.

EL PODER COMO PUNTO DE VISTA

¿Qué sería del psicoanálisis sin los aportes de León Rozitchner? Sería un psicoanálisis desorientado, una novela individual sin historia ni trama, sin espesor. Una causalidad ignorada, un cuento o un mito que no comprende su raíz, un sentido amputado. Sería una teoría sin lector. León ha sido notable como lector, ha dejado su huella como lector, como dispositivo para leer incluso lo que aún no hemos leído, lo que leeremos mañana. Cuando un lector escribe para mostrarte un punto de vista originario, cuando te propone: lee desde aquí, lee lo que ya leíste, pero ahora desde aquí, y ese singular punto de vista lo transforma todo, tal vez, entonces, una se pregunta: ¿Cómo era leer antes?

Esa experiencia de ser atravesada por una lectura, afectada por una lectura, que ahora es mi propia experiencia, antes fue el relato de esa experiencia narrada por muchos de los psicoanalistas que son mis maestros. Mariana Wikinski cuenta que León le enseñó a leer, en el exilio de Venezuela. Juan Carlos Volnovich cuenta su historia y lo menciona a León, sus grupos que han sido decisivos para su formación, y la belleza de la posibilidad de asistir al proceso de escritura de libros como “Freud y los límites del individualismo burgués” en dicho espacio. Ana Berezin, cuenta que León le enseñó a pensar. Fue maestro y amigo, maestro sin poses, que no adiestró para la reverencia ni la idealización muda sino para la interpelación mutua y el intercambio. Para todos ellos, para tantísimos más, ha sido una

marca fundacional.

Rozitchner nos revela libro a libro, conferencia a conferencia, los modos en los que el poder se implantó en la subjetividad, siguiendo esa línea que el psicoanálisis permitió pensar respecto de un dominio exterior que se interioriza, en los resortes de su constitución; y del conflicto como base y motor de la vida psíquica.

Freud elevó palabras provenientes de la política o ligadas a ella, como resistencia, represión, defensa, censura, lucha, conflicto, a conceptos teóricos y herramientas de trabajo, creando un nuevo discurso. Sacó al “médico”, analista decimos hoy (porque el ejercicio del psicoanálisis desde el campo de la psicología es una batalla ganada), del lugar de espectador de “la locura” y la enfermedad, le retiró el poder de la manipulación, por empezar del cuerpo de la histérica, y del campo de la hipnosis y la sugestión; sacó al sufrimiento del mundo del espectáculo, lo volvió texto, mensaje, escritura, algo a escuchar-leer, e interpretar o develar, no a extirpar, controlar o erradicar. Enlazó palabra a intimidad. Indagó los modos en los que se forjan las escrituras sintomáticas en esa materia hecha de discurso y de cuerpo. Y buceando en esas escrituras aprendió y enseñó (en simultáneo) a leerlas. Ahora bien, escribe León: “Muchas de las explicaciones que desarrolla Freud se basan en modelos de las instituciones represivas sociales interiorizadas: la policía, los militares, la religión, la economía, la familia” (Rozitchner, 1982: 18). Y luego “hubo lucha en el origen de la individualidad: hubo vencedores y vencidos, y la formación del sujeto es la descripción de ese proceso” (Rozitchner, 1982: 19). En esa tensión que la paradoja abre entre posibles y límites con los que Freud trabajó, León introduce su lectura, su análisis del poder, análisis que se propone deshacer nuestra estructura subjetiva (en esa encrucijada y resolución nunca acabada entre vasallajes y pulsiones) y colectiva, coherente con la suya, con la estructura que el poder impone e instala. León despliega su investigación situándose y situándonos en ese punto de vista que es brújula y horizonte para aquellos psicoanalistas que consideramos que el psicoanálisis no sólo es un edificio teórico sino también –y sobre todo– una particular teoría y práctica política, de potencia revolucionaria y emancipatoria, a menos que se erija en teoría y práctica conservadora, en alianza con determinados encubrimientos con los que el psicoanálisis también contribuyó. Por ejemplo, cada vez que se silencia y excluye a lo colectivo e histórico como si se tratara de cuestiones “exteriores” al campo psicoanalítico.

Una teoría social que desconoce al poder como organizador de conflictos y punto de referencia para pensar lo humano, ¿puede ser considerada una teoría social? Esa misma pregunta vale para el psicoanálisis¹. León avanza aún más cuando señala que el psicoanálisis también lo es, contra lo que el estructuralismo propone y sostiene (considerando que son textos “sociales” de Freud se hallan en el borde de la “especialidad”, casi a punto de caer del mapa), que no hay tal cosa como los “textos sociales o sociológicos” de Freud, así como tampoco hay “textos individuales”. Discutidor implacable

¹ Escribe Freud (1921: 67): “En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo, y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social... todos los vínculos que han sido hasta ahora indagados preferentemente por el psicoanálisis, tienen derecho a reclamar que se los considere fenómenos sociales”.

de binarismos y reducciones, gran restituyente del cuerpo al lugar que le corresponde como materialidad primera y última, sentido primero y último de todo acto de pensamiento y análisis.

El poder interiorizado, ese dominio interior, permanecerá ignorado y sepultado en la carne y en la psique, escribe León, escribe su lectura de Freud. La ley que nos regula y que nos ha constituido, permanece inconsciente, ignorada como objeto del pensar humano, en la misma medida en que nos determina. La dominación despótica se incorpora desde el origen, desde los orígenes en que la subjetividad se cimienta, en concordancia con lo que la cultura dominante así mismo propone. “Para decirlo de otra manera: el sistema no utiliza sólo el poder de su fuerza para dominarnos, sino también las fuerzas de los dominados mismos” (Rozitchner, 1982: 33). Sobre las resoluciones infantiles edípicas el sistema (patriarcal y neoliberal) apoya el poder de sus instituciones, que prolongan y afianzan su eficacia.

MASA Y MULTITUD

León Rozitchner realiza en una parte de su extenso libro “Freud y los límites del individualismo burgués”, una lectura descomunal de “Psicología de las masas y análisis del yo”. Retrocedamos. En 1920 Freud se halla leyendo a Le Bon, Trotter, Zola y Mc Dougall, cuenta Rodriugué en “El siglo del psicoanálisis”, su biografía de Freud (Rodriugué, 1996: 238).

Le Bon se interesa por las masas y sus efectos en el alma del individuo. Las masas, dice Freud citando a Le Bon, son sugestionables, maleables, las masas funcionan por imitación y contagio. Las masas son impulsivas, volubles y excitables. Crédulas y acrílicas. Las masas son tan intolerantes como obedientes ante la autoridad. “La masa quiere ser dominada y sometida, y temer a sus amos [...] totalmente conservadora en el fondo, siente profunda aversión ante las novedades y progresos, y una veneración sin límites por la tradición” (Freud, 1992: 75). El individuo de la masa es un individuo alterado y disminuido en sus funciones cognitivas e intelectuales. Es un individuo que se cree omnipotente y que se comporta de modo irresponsable y desinhibido. Tiende a caer en un estado de fascinación cercana a la del hipnotizado. “El individuo deja de ser él mismo; se ha convertido en un autómatas carente de voluntad” (Freud, 1992: 73).

Le Bon compara el alma de las masas con el alma de los primitivos, las mujeres y los niños, a quienes considera formas inferiores de evolución. “Las masas nunca conocieron la sed de la verdad. Piden ilusiones, a las que no pueden renunciar” (Freud, 1992: 76). La masa es un rebaño servil que obedece a un Señor, o líder. La masa es, para Le Bon, un retroceso a una forma anterior de la cultura.

La masa es –para mí– el nombre de un colectivo patologizado, y corre el riesgo de parecer absorber dentro de sí a la totalidad de los funcionamientos colectivos, como si fuera un concepto totalizador. Sobre todo, si sobre él también descansa, si en él se apuntala, el análisis del yo. La masa también es un modo de investigar la anatomía de la psique, con sus conflictos, sus vínculos tanto en el terreno metapsicológico como intersubjetivo, sus grados de sumisión y de libertad. Freud mismo, en un pasaje del apartado III, advierte que

“es probable que bajo el nombre de masas se hayan reunido formaciones muy diversas, que deberían separarse” (Freud, 1992: 79). Y considera que las masas no son retroceso sino creación de cultura, y marca de la cultura en el psiquismo. Sin embargo, privilegia en el abordaje de las masas, a las masas “artificiales” fundamentales: Ejército e Iglesia. Es decir, abordará lo social, los lazos libidinales e identificatorios que lo sostienen y posibilitan, y desde allí lo psíquico, desde dos dispositivos paradigmáticos de obediencia.

No creo posible desconocer el valor político de tales conceptualizaciones, si es desde un campo de obediencias y sumisiones, de restricciones, empobrecimientos, culpas y sumisiones, que pensaremos lxs psicoanalistas lo atinente a la identificación: primer lazo afectivo con otro, crucial en la prehistoria del Complejo de Edipo, y en su disolución y porvenir. Matriz de sucesivas identificaciones y vínculos, que se desplegarán a lo largo de la vida.

¿Somos capaces de seguir aseverando junto a Freud, que debemos osar “corregir el enunciado de Trotter según el cual el ser humano es un animal gregario, diciendo que es más bien un animal de horda, el miembro de una horda dirigida por un jefe” (Freud, 1992: 115); y que la masa es el renacimiento de la horda primordial?

Por otra parte, en su recorrido, Freud ubica que en dichas dos masas paradigmáticas, las mujeres estamos ausentes tanto como sujetos políticos centrales, tanto como “objetos sexuales”. Las ligazones fundamentales allí se sostienen entre los hombres, miembros de las masas, y entre sus integrantes y el líder (ideal del yo). Las mujeres: confinadas al espacio doméstico, y distribuidas entre los hombres en “su” pasaje de endogamia a exogamia.

Entonces, me pregunto: ¿Es la narración de Tótem y tabú la narración con la cual pensarnos? ¿La horda de hermanos, varones, sigue siendo el ámbito central donde la cultura humana se funda? ¿Y las mujeres? ¿Las mujeres se reparten, según el deseo del hombre, que encuentra regulación en la salida de lo incestuoso, y con ella la exogamia? ¿La salida exogámica es privilegio y potestad de los varones? En muchos momentos lo femenino queda capturado en lo materno. Lo femenino se ha desdibujado en el pacto de los hermanos y el asesinato del padre, si nos detenemos en esa narración mítica. El campo de los deseos y la sexualidad, de la cultura y el pacto que la sostiene, se ordenan en función de lo masculino como lugar hegemónico. Hoy el asesinato totémico y mítico del padre se reformula, en todo caso, en asesinato, inconcluso aún, pero de ninguna manera mítico, del patriarcado, que permita sobretodo pensar por fuera de aquel binarismo cis y heterosexista. Si no ha quedado claro, la masa es producto (y reproductora ella misma) –también– de la cultura patriarcal.

Vuelvo a León. Ya en 1972 sitúa un punto fundamental: la omisión en Freud del hecho de que Le Bon es un pensador de derecha, cuya teoría se basa en la preeminencia racial, y que fue vanguardia del fascismo y del nazismo europeo. Esa omisión no puede menos que ser responsable de ciertas lecturas ingenuas. Dice Rozitchner: “Este es, pues, el contenido político del libro de Le Bon que Freud no incluyó explícitamente. Retengámoslo, pues, en la lectura de su Psicología de las masas y análisis del yo para prolongar sus afirmaciones y

sus análisis, y hacer emerger esta presencia latente que debía estar necesariamente presente en su pensamiento” (Rozitchner, 2013: 372-373). Esto será central para realizar una crítica a las concepciones burguesas de la masa. “Le Bon no alcanza a comprender que su cultura, consolidada como absoluta y estable, es una cultura represora. Y que la represión está presente como fundamento de la individualidad burguesa” (Rozitchner, 2013: 387).

León va a profundizar en un Freud que sí establece la marca cultural (siempre histórica) como distancia interiorizada en lo intrapsíquico, imbricado con lo intersubjetivo. Y en la relevancia del problema de las masas, punto crucial del proceso histórico contemporáneo, y de los conflictos y conquistas del poder. León lee en Freud también la masa como el campo donde es posible inaugurar una experiencia “*aberrante*” desde el punto de vista oficial, lejos de las formas primitivas y cuasi naturales (horda, manada, tropilla), experiencia colectiva y conflictiva capaz de una modificación radical del yo, y creación de cultura, mucho más allá de la única masa que la burguesía concibe: el hombre sometido del individualismo burgués, ese que justamente la masa, en su aparente desorganización, reorganizó, fijando a la sumisión como “esencia” del hombre, y como finalidad y proyecto histórico concordante con la ambición de dominación por vía del terror y la insensibilidad propia de los fascismos. Reencontramos esa configuración de sujetos adaptados y obedientes en los proyectos terapéuticos alienantes que son su brazo armado en el universo del abordaje en el campo de la salud mental, de los sufrimientos subjetivos. En ocasiones, lo encontramos en parte del heterogéneo mundo del psicoanálisis, de cierto psicoanálisis. Ese proyecto no es otra cosa que el de la desposesión de todo sector del sujeto que discuta el poder de las fuerzas represoras que han triunfado en la constitución de subjetividades adaptadas. La desposesión, el olvido y la naturalización, o esencialización, son los caminos que esas fuerzas encuentran.

Ese pasaje, de una masa a otra, de la masa sumisa y obediente a la masa revolucionaria (hoy la llamamos multitud, cuerpo colectivo de la revuelta, y venimos asistiendo al acontecimiento renovado de su potencia, en particular la potencia feminista, en América Latina), es también el pasaje de la sugestión al amor, creación de lazos libidinales que la sostienen (en palabras de León: la razón hecha cuerpo, la carne hecha significación, extensión material, campo sensible), una teoría de la afectividad más allá de la sumisión y la dependencia, una teoría libidinal desde la cual la masa (en su versión revolucionaria) puede ser también lugar de elaboración histórica e identificatoria.

León pudo orientarnos en el trabajo de pensar acerca del extractivismo inagotable del capital, y de “La Razón” que extrae del cuerpo todo valor humano, apropiándose de toda cualidad sensible, terrenal e histórica, que sin embargo retornan en sueños, en equívocos, en las múltiples formaciones del inconsciente, con la potencia inusitada que tienen todas las rebeliones, singulares y colectivas, del yo, de cada yo y de las masas. Yo prefiero nombrarlas haciendo honor a ese júbilo emancipatorio que nos transforma: “multitud”. Y prefiero a ese psicoanálisis que no lo ignora ni aplaca.

EDIPOS

En cuanto a una larga tradición de revisión de los impensados de la teoría psicoanalítica –en la que yo me inscribo– no casualmente omitida o silenciada, quiero recuperar, aquí, también, el trabajo de León publicado en el 2007, llamado “Edipos”. Es imperdible. Resalto apenas el esfuerzo de situar que el mito no es uno ni eterno, que lleva inscrita en él una marca histórica y cultural, es universal en tanto “complejo parental” pero no es uno ni atemporal. No es lo mismo el Edipo griego, que el judío o el cristiano, o el latinoamericano en sus raíces ancestrales propias. León habla entonces de complejo parental, anticipando por años los desarrollos de Silvia Bleichmar al respecto y de muchos otros autores, quienes consideramos que es importante hablar de complejo de crianza más que de “Edipo”, porque modos de subjetivarnos hay muchos, y son diversas sus implicancias. León trabaja y avanza a lo largo de ese escrito increíble, párrafo a párrafo, llevando adelante un análisis minucioso. Lee Edipo en clave política, histórica y cultural, lee los rastros patriarcales que en cada complejo parental establecen sus propias coordenadas, encrucijadas y caminos. Lee los caminos trazados y los desvíos posibles y no posibles, las claves que marcan grados particulares de libertad y sumisión. Tantas veces, tantas realmente, sostuvo León que el sujeto es núcleo de verdad histórica; en este texto se encarga de explicitar qué significa eso, cuáles son las implicancias de proponer esa definición de sujeto.

Escribía en ese entonces, Rozitchner (aunque se trató originariamente de una conferencia que dio en el seno de la hegemonía lacaniana):

Entonces yo me pregunto: ¿ustedes creen que se puede psicoanalizar a un neurótico argentino, ese que forma parte de la cristiandad del occidente cristiano de hace 2000 años, o psicoanalizar a un judío cristianizado, o a un boliviano donde sigue vigente en el culto a la Pachamama, otro modelo de madre, con el único mito griego de Edipo? ¿El modelo de ser madre en un determinado mito cultural o religioso, sea Yocasta, la madre de Moisés o la Virgen María, no es determinante en la familia, sea la Sagrada o la profana? ¿No habría una incongruencia extrema en recurrir a un mito -el griego- de una cultura que no tiene mucho o casi nada que ver con la nuestra, para analizar algo que no se quiere enfrentar y se deja de lado “como quien no quiere la Cosa”, cuando es en verdad el terror quien lo ordena y nos deja sin tener siquiera la figura encarnada de una madre protectora que nos sostenga contra su amenaza? El mito cristiano, origen del desprecio al cuerpo y desvalorización extrema de lo femenino, fundamentos ambos del capitalismo cuantificador e individualista, es también el fundamento mítico de toda aproximación científica y teórica que ustedes hagan de cualquier conducta humana en nuestro país, porque es el mito fundante y sostenido de todo el Occidente cristiano. Si no se esclarece previamente ese mito que organiza la estructura inconsciente y consciente del “analizando”, como se los llama, tanto como la del analista, podría aparecer un Levy Strauss diciendo: “si ustedes no fundan su saber respecto del sujeto en poner de relieve el punto de partida cultural que es el mito fundador de su subjetividad, sea indoeuropeo o indoamericano, están hablando de algo anterior y distante de la ciencia y del conocimiento humano. Forman sistema con una mitología, la cristiana (Rozitchner, 2007).

La ponencia muy posterior de Paul Preciado frente a los psicoanalistas, registrada en el libro “Yo soy el monstruo que les habla” se inscribe para mí en una genealogía que lo tiene a León como precursor. Un León pensador de lo patriarcal, capitalista y colonial arraigadísimo en nuestras teorizaciones más “revolucionarias” y en nuestras subjetividades. Tanto es así, que el narcisismo de muchos psicoanalistas moviliza y empuja acaloradas reacciones, cuando el espejo tambalea o la imagen se “ensucia”. Con uñas y dientes, con condescendencia y descalificación censuran, buscan acallar o destruir los intentos de problematizar. La castración y el falo parecen ser el mito intocable o la roca incuestionable de todos los mitos, aun hoy. Ahora bien, también nos encontramos con el enorme alivio, y el agrado de muchos que recibimos estos desarrollos como oxígeno que vitaliza algo bastante cerrado, rígido, por momentos asfixiante y disociado de la clínica, de las problemáticas y realidades con las que trabajamos hoy, o que tal vez hoy estamos en condiciones de pensar. El lenguaje es campo de batallas y disputas, en el uso de las palabras se debate la distribución del poder, la discusión en torno a qué es válido y legítimo pensar, y qué no lo es. Quién cabe en el nombre “psicoanalista” y quién no, por nombrar apenas algunos ejemplos. ¿Estaremos en condiciones de revisar nuestro lenguaje, y de redefinir ciertos conceptos, no por capricho, sino porque ese espejo deforma, altera, y oculta tanto como muestra? ¿Podremos incluir lo que el espejo deja por fuera? La parte imaginada en ocasiones me anima a tener con León conversaciones como esa.

ENSUEÑO Y PESADILLA

Para finalizar, quiero subrayar el giro poético presente en su libro póstumo “Materialismo ensoñado”, que además de bellissimo, es esclarecedor respecto del desplazamiento que hizo del padre un lugar que capturó a lo materno y a los afectos como condición de pensamiento, de la tradición e historia del pensamiento filosófico. Es decir, los silenciamientos y sepultamientos sobre los que “lo paterno” se edifica, y que implica la represión del cuerpo, en particular del cuerpo femenino y de la lengua materna. León pone la lupa en ese encubrimiento que hizo de esa lengua corpórea materna forma etérea resurgida en palabras como “alma” o “espíritu”, Escribe León: “La religión cristiana, que es el complemento del terror globalizador que evangeliza al mundo, se apoderó de la infancia arcaica y allí, en el mismo sitio, nos puso una madre nueva, una madre Virgen, para desplazar a la primera, caliente y gozosa, y en lo más profundo de nosotros volvemos a encontrar, como la Iglesia y el poder necesitan, una madre que habla la misma lengua que el espectro del padre” (Rozitchner, 2011: 25).

León escribe que la materialidad humana está hecha, compuesta de un fondo de materia ensoñada. ¿A qué me refiero con giro poético? A esto: “¿o debiéramos afirmar entonces con toda contundencia que la materialidad ensoñada, fundamento primero de todo sentido, no desaparece nunca y seguirá siendo el soporte que la lengua patriarcal oculta al desplazarla –salvo cuando intenta reavivar la memoria más profunda, y entonces se hace poesía?” (Rozitchner, 2011: 19). O a esto: “Lo ensoñado es el modo de darse la materia viva cuando se ha metamorfoseado en materia humana” (Rozitchner, 2011: 39).

Nuestra determinación histórica y material, nuestros orígenes desprendidos quedaron coagulados, congelados, como si aquel pasaje y su consecuente silenciamiento hubiera ocurrido en continuidad a-conflictiva. El terror es lo que produce ese corte, ese terror que alguna vez León nombró como “la muerte que en vida nos dan”.

Entonces, el “fin de la historia” no es únicamente la aniquilación de la existencia humana como proyecto histórico y colectivo, sino que requiere además del sepultamiento definitivo de sus orígenes. Temporalidad e historicidad esfumada en un “tiempo” siempre presente o actualidad de lo que el terror ha fijado como definitiva: la obediencia y la sumisión, tanto en el registro de lo colectivo como en el de los sujetos individuales que lo componen.

Con la parte recordada, la parte imaginada y la leída, seguiré escribiendo. En este agosto de 2023 seguimos en la senda que trazaste: la batalla interminable contra el terror, experiencia de la pesadilla en plena vigilia.

¡A tu salud, León!



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Feldman, L. (2018). *Sueño, medida de todas las cosas*. Editorial Topía.
- Feldman, L. (2020). Más allá de la masa, la multitud (la novela cultural psicoanalítica). *Blog Lobo Suelto*. <https://lobosuelto.com/mas-alla-de-la-masa-la-multitud-la-novela-cultural-psicoanalitica-lila-m-feldman/>
- Feldman, L. (2021). El psicoanálisis, una política. (Una poética del psicoanálisis). *Afluencias: Escritos sobre el psicoanálisis que nos toca*. Órbita Lúcida.
- Feldman, L. (2022). El narcisoanálisis frente al espejo. *Revista Topía*, agosto de 2022.
- Feldman, L. (2023). Psicoanálisis y feminismos. Una lectura tópica y política. *Revista Barbarie*, marzo de 2023.
- Freud, S. (1992). *Psicología de las masas y análisis del yo en Obras Completas. Tomo XVIII*. Amorrortu Editores.
- Fresán, R. (2014). *La parte inventada*. Random House.
- Fresán, R. (2017). *La parte soñada*. Random House.
- Fresán, R. (2019). *La parte recordada*. Random House.
- Feldman, L. y Manconi, M. (2022). Entrevista realizada a Juan Carlos Volnovich: Una historia político amorosa del psicoanálisis. *Blog Lobo Suelto*. <https://lobosuelto.com/entrevista-a-juan-carlos-volnovich-lila-feldman-y-marianella-manconi/>
- Rodrigué, E. (1996). *El siglo del psicoanálisis. Tomo II*. Sudamericana.

Rozitchner, L. (1982). *Freud y el problema del poder*. Folios Ediciones.

Rozitchner, L. (2007). Edipos. *Revista Topía*, marzo de 2007.

Rozitchner, L. (2011). *Materialismo ensoñado*. Tinta Limón Ediciones.

Rozitchner, L. (2013). *Freud y los límites del individualismo burgués*. Ediciones Biblioteca Nacional.

Preciado, Paul. (2020). *Yo soy el monstruo que os habla*. Nuevos Cuadernos Anagrama.

SOBRE LA AUTORA

Lila María Feldman

feldmanlilamaria@gmail.com

Lila María Feldman es escritora y psiconalista (UBA).